



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: ¡Y el poder se queda en familia!
Pistas sobre el desarrollo político
de América Latina

Autor: Guillén Rodríguez, Diana Lucrecia

Forma sugerida de citar: Guillén, D. L. (1994). ¡Y el poder se queda en familia! Pistas sobre el desarrollo político de América Latina. *Cuadernos Americanos*, 4(46), 111-131.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 46, (julio-agosto de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

¡Y EL PODER SE QUEDA EN FAMILIA! PISTAS SOBRE EL DESARROLLO POLÍTICO DE AMÉRICA LATINA

Por *Diana GUILLÉN*
INSTITUTO MORA, MÉXICO

DESDE SU ARRIBO a la vida independiente, los distintos países de América Latina han sido el escenario de múltiples enfrentamientos por el poder, situación que, en última instancia, nos habla de las dificultades existentes para que alguno de los grupos involucrados en la lucha estableciera su hegemonía sobre los demás.

En este marco, la inestabilidad política se ha asociado a la constitución de una burguesía débil e incapaz de asumir el papel rector que le corresponde dentro de sociedades capitalistas como las nuestras. Aunque parte de la idea nos seduce, creemos que las pugnas generadas alrededor del poder rebasan algunas veces las cuestiones estrictamente clasistas. Recordemos también que, si bien en el caso europeo el tránsito de la monarquía absoluta a la democracia liberal estuvo ligado al ascenso y consolidación del mundo burgués, el establecimiento de un modelo a partir de esa experiencia para extrapolar a realidades distintas no es un método válido. De hecho, en lo que a América Latina se refiere, la estructuración de los Estados nacionales siguió sendas distintas a las trazadas en Europa y ello se reflejó, entre otras cosas, en que las futuras burguesías y élites latinoamericanas heredaran formas estatales e ideologías que en el viejo continente sus homólogos habían construido a sangre y fuego.

Así pues, habría que recalcar que en el área se ha construido una historia política propia, en la que el recurso de las armas y de la violencia ha desempeñado un papel importante. No obstante haberse adoptado fórmulas republicanas, los canales institucionales han tendido a permanecer relegados a un segundo plano y, para muchos, parecería que a la hora de consumir su independencia, los países latinoamericanos abrieron una caja de Pandora que dejó escapar efectos perversos y no siempre fáciles de controlar.

La interminable serie de golpes de Estado que ha puesto fin a gobiernos legalmente constituidos; el papel de árbitro con voto de calidad que han desempeñado los militares; el poco peso con que han contado los partidos políticos y, en general, los procesos electorales como medio de participación ciudadana; los fraudes constantes a los que las élites han recurrido cuando el resultado que arrojan las urnas no es el deseado; y el abuso de la violencia, institucionalizada o encubierta, para reprimir y controlar fuerzas adversas a las hegemónicas, son sólo algunos de esos efectos que le han ido cortando caminos a la democracia política en América Latina y que imprimen a la misma una serie de contenidos que a todas luces la separan del modelo clásico.¹

¿En dónde buscar el origen de este comportamiento poco ordenado?, ¿será el resultado de una cultura política que privilegia los rasgos patrimonialistas que nos legó el coloniaje?, ¿se deberá más bien a la débil base estructural sobre la que se fueron levantando los Estados nacionales?, ¿tendrá que ver con los valores mestizos que surgieron de la mezcla entre lo ibérico y lo indígena y que son diferentes de los europeos o norteamericanos? Creemos que en lugar de elegir entre algunas de estas pistas a las que generalmente se alude para explicar el desenvolvimiento de nuestros países, habría que seguirlas todas, pues, en el fondo, las maneras de hacer política en América Latina están relacionadas con su heterogeneidad estructural, con los patrones para el ejercicio del poder a los que la memoria colectiva otorga validez (aun si no son justos) e incluso con los niveles más subjetivos e individuales de los actores.

Hurgando en el pasado

SI aceptamos la idea de que los procesos inherentes a nuestra historia deban ser analizados en función de los *tipos ideales* que se han generado en otras latitudes, entendemos que la ausencia de un grupo con los atributos necesarios para llevar adelante un proyecto nacional que condensara y superara los fraccionalismos y regionalismos heredados del periodo colonial, fomentó la proliferación de grupos

¹ Cuando hablamos del modelo clásico, más que la propuesta aristotélica de entender a la democracia como una forma de gobierno ciudadana que contrasta con los regímenes monárquicos (en los que gobierna un solo hombre) y aristocráticos (en los que gobiernan unos cuantos), tenemos en mente esa democracia liberal que se desarrolló el siglo pasado y que sirvió de referente para los distintos proyectos sobre los que se construyeron los Estados nacionales latinoamericanos.

que, con las armas en la mano, se encaminaron a impulsar distintos proyectos de lo que sería la futura sociedad.

Formalmente se adoptaron regímenes que incorporaban el principio de soberanía popular y en los que el poder era distribuido entre distintos órganos; sin embargo, en la práctica, el Ejecutivo concentró en sus manos mayores cuotas de poder y las guerras intestinas substituyeron otros posibles canales de participación. En este ambiente, el ascenso de quienes empuñaban la bandera liberal o la conservadora carecía de bases que dieran solidez a sus representantes, los cuales no necesitaban mayor legitimidad porque su fuerza derivaba de la capacidad que poseyeron para imponerse en el terreno militar.

Así las cosas, en la primera etapa de vida independiente las élites coloniales, lejos de cohesionarse, tendieron a la fragmentación, y su predominio sobre sociedades en las que el acceso al poder se dirimía en el campo de batalla se volvió por lo general pasajero y se circunscribió a pequeñas o grandes parcelas del territorio nacional.²

Más adelante, cuando el mal llamado periodo de la anarquía quedó atrás³ y se consolidaron diversas oligarquías a lo largo del continente, los avatares a los que tanto en el terreno político como

² En el periodo postindependiente el recurso militar se convirtió en el mejor medio para dirimir las cuestiones relacionadas con el poder, de allí que buena parte de su descripción se base en un recuento interminable de enfrentamientos y guerras civiles. Las tendencias más generales que imperaron en el continente a lo largo de ese lapso son difíciles de seguir, pero el texto de Halperin sigue siendo útil para ello a pesar de haberse publicado por primera vez hace mucho tiempo (1969). Cf. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1981 (Colección *El Libro de bolsillo* núm. 192), pp. 134-207. Intentos interpretativos más amplios se encuentran en los trabajos de Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, pp. 31-100 y Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina*, Barcelona, Crítica, 1984 (Colección *Crítica*).

³ La situación que reinó en los países latinoamericanos después de la Independencia refleja entre otras cosas la incapacidad de los grupos existentes para imponer un proyecto en el que pudiera integrarse el conjunto de la sociedad. Demuestra también que ninguno de esos grupos contaba con la fuerza física necesaria para establecer su dominio sobre los demás, lo que en los hechos se traducía en una situación de enfrentamientos directos casi permanentes. Ahora bien, más allá de que a primera vista las imágenes que provoquen esos momentos de nuestra historia sean de caos, en el fondo tienen que ver con lo que hemos venido repitiendo: las bases particulares sobre las que se constituyeron los Estados nacionales en América Latina, no por ser distintas de las seguidas en los países centrales deben catalogarse como anárquicas, cf. Agustín Cueva, *El desarrollo*, pp. 40-41.

en el económico venían enfrentándose las nacientes repúblicas no fueron del todo superados y, dependiendo del país del que se tratara, la violencia se mantuvo abierta o encubierta en la base de gobiernos fuertes desde los que empezaron a consolidarse los futuros Estados.

En términos generales, el papel que desempeñaron las oligarquías dentro de la historia latinoamericana se vinculó, por un lado, con la capacidad que mostraron sus miembros para impulsar proyectos económicos (casi siempre ligados con la producción de materias primas destinadas a satisfacer las necesidades del mercado externo) y, por el otro, con su capacidad para establecer zonas de influencia sobre las cuales un reducido número de personas ejercía el poder en un ambiente de relativa calma.⁴ En este contexto y por más que el concepto que se usa para enunciarlas sea problemático,⁵ la presencia de las oligarquías ha sido un elemento clave en la constitución de la cultura política que impera en América Latina.

En este sentido se ha llamado la atención sobre el carácter patrimonial de las formas de dominación que rigieron bajo el Estado oligárquico, carácter que cristalizó en la presencia de líderes político-militares con los que se reproducía la imagen del hacendado en el recién creado ámbito nacional, al tiempo que se limitaban las posibilidades de participación real de los escasos partidos de la época. Los caudillos que surgieron y se impusieron dentro de dicho marco

⁴ Las guerras intestinas tendieron a disminuir durante la etapa oligárquica, pero, como decíamos antes, la violencia siguió formando parte del juego político de la época y más de una vez fueron representantes del ejército los que desde el Ejecutivo de los gobiernos monopolizaron el uso de la fuerza y pacificaron a los militares y caudillos de sus respectivos países (Tomás Guardia en Costa Rica, Justo Rufino Barrios en Guatemala, Porfirio Díaz en México, etcétera).

⁵ El término oligarquía se ha convertido en parte de un discurso que lo integra como juicio de valor negativo y deslegitimador, más que como una categoría analítica. El carácter peyorativo que lo acompaña se remonta en el tiempo y aunque esta característica se relaciona con lo que en sentido estricto define la noción (un gobierno de pocos), también se acentúa porque a diferencia de otros términos de la misma familia como monarquía o democracia, que remiten sobre todo a cierto tipo de instituciones, el de oligarquía se aparta del plano institucional y hace énfasis en un hecho: el poder supremo recae en un pequeño grupo de personas tendencialmente cerrado, unido por vínculos sanguíneos, de interés o de otro tipo y que gozando de privilegios particulares hace uso de todos los medios que están a su alcance para permanecer en el poder. Cf. François Bourricaud, "El ocaso de la oligarquía y la sobrevivencia del hombre oligárquico", *Aportes* (París), núm. 4 (abril de 1967) y Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, eds., *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1986, t. II, pp. 1118-1119.

basaban buena parte de su fuerza en estrategias de favores y lealtades que recuerdan al señor patrimonial y, en general, se mostraban incapaces de superar el autoritarismo y personalismos propios del mismo. Los intermediarios a los que recurrían en el ejercicio de su poder distaban mucho del burócrata weberiano y carecían de un sentido de cuerpo, ya que, aun cuando la oligarquía no controlara todos los resortes de la administración, como a veces se cree, los funcionarios tendían a considerarse como feudatarios al servicio de un individuo, una familia o un clan.⁶

Antes de seguir adelante vale la pena precisar que el uso que hacemos del concepto de oligarquía tiene un carácter eminentemente histórico y en ese sentido se limita a rescatar uno de los principales atributos que en los hechos dio vida a ese sector: la capacidad de sus miembros para concentrar las riendas del poder económico, para controlar directa o indirectamente el poder político y para colocarse en la cima del poder social en lo que a prestigio y autoridad se refiere.⁷

Con la consolidación de las oligarquías que cubrían los planos nacional (como aquellas que surgieron alrededor del café en Costa Rica y El Salvador) y regional (propias de países extensos y con economías relativamente diversificadas al estilo de México y Brasil o bien de lugares pequeños con problemas de integración heredados desde la colonia como Ecuador o Perú), las sociedades latinoamericanas vivieron una especie de cercamiento que llevó a expropiar espacios de participación política y social a sus miembros y restringió el usufructo de los mismos al pequeño grupo de los elegidos.⁸

De hecho, uno de los pilares sobre los que se levantaba el poder de la oligarquía era el principio de exclusión, el cual rebasaba el discurso liberal importado del extranjero e imponía barreras formales e informales a la participación política de quienes no pertenecían a

⁶ Cf. François Bourricaud, *El ocaso*, pp. 12-23; Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, 2a. ed., México, Era, 1980, pp. 72-83.

⁷ Cf. Alain Rouquié, *América Latina. Introducción al extremo Occidente*, México, siglo XXI, 1980, p. 133.

⁸ Habría que aclarar que en el fondo tales espacios nunca se habían abierto y que por lo tanto los límites que en la práctica se les impusieron constituyen una expropiación sólo en el terreno formal. No por ello pierde importancia el hecho, ya que, desde nuestro punto de vista, a la larga va a ser uno más de los elementos que configurarían la cultura política imperante en nuestros países y que con raras excepciones, como podrían ser Uruguay, Chile o Costa Rica, van a privilegiar los patrones excluyentes sobre los de participación.

la élite.⁹ Quienes la integraban, por el contrario, cerraban sus filas y ponían filtros al ingreso de nuevos miembros, a la vez que utilizaban el monopolio que poseían sobre poder para apoyar sus intereses particulares.

Los caminos que siguió cada uno de estos grupos dependieron de múltiples factores que, al entrecruzarse, provocaron el deterioro paulatino del poder oligárquico como en Uruguay y Chile, revoluciones como la de 1910 en México, movimientos antioligárquicos como el que en 1930 encabezó Vargas en Brasil, relaciones ambiguas como las que predominaron en Argentina, surgimiento de ideologías nacionalistas cuyo eje aglutinador era el discurso antioligárquico como la que cristalizó en el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) boliviano, o bien la capacidad de los representantes de la oligarquía para mantener su predominio sobre el resto de la sociedad como en Perú, El Salvador, Guatemala o Nicaragua.¹⁰

La familia: institución de larga data y resistencia

Si nos preguntáramos quiénes conforman hoy en día los círculos que detentan el poder en América Latina, podríamos adelantar que, en general, se trata de grupos pequeños, constituidos a partir de coyunturas propias de la vida local y en los que siguen siendo ciertas familias las que desempeñan un papel importante.¹¹

Nuestra idea es que las formas de poder en las que se basa el Estado oligárquico han sido en general desplazadas por mecanismos más modernos de hacer política, pero que ello no obsta para

⁹ Aunque el campo político es el que por el momento nos interesa, tendríamos que aclarar que no era el único en el que la oligarquía mantenía excluidos a quienes se encontraban fuera de ella. Como hemos dicho, ésta última también encabezaba los círculos económico y social.

¹⁰ En todo caso, fuera que el orden oligárquico hubiera sido superado o no, parecería que una parte de los viejos integrantes del mismo lograron permanecer dentro de la escena política de sus respectivos países como miembros de las élites que actualmente los gobiernan y que su peso dentro de estas últimas se relaciona con los momentos de corte o las transiciones pausadas que depositaron el poder en nuevos grupos.

¹¹ Debido a la importancia que sostienen las redes familiares en las estructuras social y de poder latinoamericanas, Marcos Kaplan plantea que ha surgido una nueva élite oligárquica capaz de absorber a partir de su flexibilidad y permeabilidad, a las fuerzas y componentes del cambio, a los cuales tenderá a desgastar y reorientar para conservar lo esencial de sus intereses y del sistema; cf. Marcos Kaplan, "La teoría del Estado en la América Latina contemporánea", *El trimestre económico* (México), vol. L, núm. 198 (abril-junio 1983), pp. 677-711.

que siga existiendo una élite cerrada a la que se accede con mayor rapidez y facilidad si se cuenta con los antecedentes familiares adecuados. Es cierto que el tiempo ha transcurrido y que las sociedades decimonónicas, en las que era necesario pertenecer al exclusivo círculo de familias agraciadas para ocupar posiciones políticas y sociales, han tenido que abrir sus puertas, si no a las masas, por lo menos a nuevos miembros. Sin embargo, las treinta y seis familias que durante el siglo XIX manejaron las riendas de Paraiba monopolizando la producción y comercialización del algodón y controlando los puestos públicos, la casta divina yucateca formada por treinta familias de las que dependía todo lo relacionado con el henequén yucateco o la dinastía que se inició en Costa Rica con la llegada de los conquistadores españoles, son sólo algunos ejemplos de una situación que se extendía por el continente en la centuria pasada¹² y cuya esencia ha logrado subsistir en algunos casos hasta nuestros días.

De hecho, a pesar de que las tendencias que conducen a la industrialización en el plano económico, a la urbanización en el social y a la burocratización en el político contribuyen a relajar los vínculos que atraviesan a todas las familias, no creemos que estos últimos hayan desaparecido por completo.¹³ Sobre todo aquellos grupos que poseen ciertas características de cuerpo siguen buscando rescatar las tradiciones y los mecanismos que, como el fortalecimiento de los lazos familiares, ayudan a su cohesión. En este marco, nuestro punto de partida es que en América Latina la familia todavía desempeña un papel importante dentro del proceso de socialización, y que si bien dicha importancia resulta más evidente en los lugares poco industrializados, en los que la población es predominantemente rural y en donde se observa una presencia indígena significativa,

¹² Cf. Diana Balmori *et al.*, *Notable family networks in Latin America*, Chicago, The University of Chicago Press, 1984, pp. 1-2; Samuel Stone, *La dinastía de los conquistadores. La crisis del poder en la Costa Rica contemporánea*, San José, EDUCA, 1982 (Colección seis).

¹³ Nos parece que la introducción de cambios en las relaciones estructurales debe sin duda tener efectos sobre los patrones a partir de los cuales los individuos se insertan en las sociedades, pero también creemos que tales efectos no son mecánicos y que el resultado de toda transformación social siempre va a estar dado por las formas concretas que adquiera la mezcla entre lo nuevo y lo viejo. Desde esta perspectiva, los pasos dados por América Latina hacia la modernización (léase su adopción de patrones industrializadores) siguen caminos propios que explican la pervivencia de elementos más bien ajenos a la racionalidad del capitalismo.

en los países con características contrarias no se ha desechado del juego social.¹⁴

El peso de las estructuras familiares para la sociedad en su conjunto se mantiene como una tendencia que cruza a los diversos sectores de los países del área y que, en el caso de las élites, forma parte del proceso de operacionalización del poder y refuerza la capacidad del grupo para mantener su dominio cuando, en medio de un clima de debilidad institucional, se desatan tiempos inestables.

Aunque tales características se heredan del pasado, la hipótesis que manejamos es que en Latinoamérica el perfil aglutinador y generador de poder de las familias encumbradas persiste hasta nuestros días con niveles diferenciados por país. En este sentido pensaríamos que buena parte de los planteamientos de Balmori, Voss y Wortman para el siglo XIX pueden trasladarse al presente a pesar de los cambios, incluso estructurales, que se han vivido y que imprimen rasgos nuevos a los viejos patrones.¹⁵ Por ejemplo, en aquellos lugares en los que las instituciones no han logrado fortalecerse, las familias de notables tienen un papel similar al que desempeñaron sus ancestros cuando el rompimiento del mundo colonial los dejó sin sus antiguos marcos de poder.¹⁶

Por supuesto que el aparato estatal contemporáneo se ha fortalecido y, a diferencia del periodo postindependiente, cuenta con instituciones y organismos que pueden ser endebles pero que constituyen un paso adelante con respecto al siglo XIX. ¿Cómo entender entonces el paralelismo que proponemos? La idea sería que las instituciones no se crean en abstracto y que en el caso concreto de América Latina su desarrollo va ligado con las redes familiares

¹⁴ Cf. Manuel L. Carlos y Louis Sellers, "Family, kinship structure, and modernization in Latin America", *Latin American Research Review* (University of Texas), vol. VII, núm. 2 (summer 1972).

¹⁵ La idea central de Balmori, Voss y Wortman es que las familias de notables que habían surgido en América Latina desde la colonia tejieron una verdadera red social durante el siglo XIX, debido al poco peso que en ese periodo tuvieron las estructuras sociopolíticas. Las redes familiares adquirieron cohesión y se convirtieron así en el eje de la historia latinoamericana entre el ocaso del coloniaje y los primeros años de este siglo, concentrando sus miembros el poder económico, político y social a través de las prácticas clientelistas y patrimoniales ya existentes. Para comprobar tal hipótesis se sigue el detalle de las alianzas y mecanismos utilizados a lo largo de tres generaciones (aproximadamente 1750-1880) en Buenos Aires, el noroeste de México y Centroamérica; cf. Balmori *et al.*, *Notable family networks*, p. 5.

¹⁶ *Ibid.*, p. 5.

sobre las que descansa la estructura social, de allí que la tendencia de nuestras sociedades a generar espacios institucionales (sea en el plano formal, sea en el plano operativo) no necesariamente se traduzca en la desaparición de los vínculos familiares y personales.¹⁷

En México, por ejemplo, la existencia de este tipo de redes es un elemento clave que, sobre todo en el campo, ayuda a reproducir las relaciones de dominación vigentes. Los vínculos que unen a los miembros de una *familia extensa* ofrecen a la misma la posibilidad de disfrazar los latifundios (prohibidos por la ley) mediante la fragmentación ficticia del terreno; asimismo, en el ámbito urbano-industrial le permiten diversificar las inversiones y los riesgos.¹⁸ En otros lugares del continente tal vez no haya necesidad de burlar la legislación para acaparar tierras, pero las redes informales se mantienen como un recurso político valioso que tiende a fortalecer a las familias integrantes de las élites (aun cuando existan intereses económicos divergentes) y a reproducir las relaciones clientelistas.¹⁹

Habría que aclarar sin embargo que, desde nuestra perspectiva, más que una estrategia maquiavélica o una política de alianzas que recuerda a las antiguas monarquías, la construcción de redes familiares entre las élites latinoamericanas tiene mucho que ver con lo cerrado de tales grupos y con las marcadas diferencias sociales que imperan en la mayoría de los países del área. Ambos elementos se combinan y reducen los espacios de interacción de los individuos,

¹⁷ Este matiz es el que en cierta medida nos separa de los autores citados, ya que para ellos el surgimiento de las nuevas organizaciones que en este siglo acompañan a la formalización de las estructuras políticas destruye la cohesión que había caracterizado a las redes familiares del siglo XIX al abrir la puerta a otros grupos e intereses. A pesar de que en teoría el planteamiento es válido, creemos que la historia demuestra que tales redes perviven aunque sus mecanismos de cohesión y de inserción en la vida pública se hayan sofisticado y pasen ahora por otro tipo de canales (partidos, cámaras, confederaciones, etc.); cf. Balmori *et al.*, *Notable family networks*, p. 26.

¹⁸ Cf. Guillermo de la Peña, "Poder local, poder regional: perspectivas socio-antropológicas", en Jorge Padua y Alain Vanneph, comps., *Poder local, poder regional*, México, El Colegio de México, CEMCA, 1986, pp. 38-41.

¹⁹ Es interesante destacar que en buena parte de nuestros países, sobre todo en los que ha habido presencia indígena, las relaciones de clientelismo recrean figuras propias del mundo familiar para generar vínculos entre patrones y subordinados. Los lazos que atan a unos y otros van más allá del salario y del contrato, ya que entre ellos se crean relaciones de compadrazgo y de lealtades que se refrendan a través de ciertos ritos sociales (bautizos, quince años, bodas, sepelios).

quienes a la larga tienden a formar pequeños círculos entre cuyos límites nacen, se reproducen y mueren.²⁰ En este contexto, y sin que por ello se niegue que algunas veces existe premeditación, las familias pertenecientes a un mismo ambiente tenderán a emparentar, simple y llanamente, porque el margen de opciones que tienen sus miembros para elegir pareja es estrecho.

Tal tendencia se muestra con mayor fuerza en los lugares en los que la élite es más pequeña y cerrada y esto a su vez se relaciona, entre otras cosas, con las características del espacio sobre el que dicha élite extiende su poder. Elementos cuantitativos como el número de pobladores, el tamaño del lugar o el porcentaje de indígenas existentes se mezclan con las formas concretas que asumen las relaciones sociales en cada país y la combinación de ambos contribuye a delinear el perfil de los grupos dominantes. En las áreas poco extensas y con una fuerte presencia indígena, el círculo de los poderosos es quizá más fácilmente identificable y las familias que lo componen relativamente pocas.²¹ En otros sitios también de reducida extensión pero en los que las barreras étnicas tienen menos importancia (sea por el mestizaje, por el exterminio de los indios o por el escaso número de estos últimos que encontraron los colonizadores), el patrón se repetirá y serán unas cuantas familias relacionadas entre sí las que compongan a la élite, aunque en ese caso el origen racial tiene menos peso en la definición del prestigio social. Finalmente, los lugares con una población más homogénea (étnicamente hablando) y en los que las distancias son mayores, tenderán a incorporar más miembros al grupo de los elegidos. En este sentido, si bien la historia de un país no puede explicarse en función de su tamaño o del número y las características físicas de quienes lo habitan, tales factores sí inciden en la capacidad de integrar más o menos familias al círculo de las élites y, por lo tanto, en la

²⁰ Originalmente pensábamos que este tipo de patrones correspondían a sociedades poco desarrolladas y en las que los valores tradicionales tienen mayor influencia, sin embargo, la lectura de Wright Mills nos dejó entrever un mundo similar en los Estados Unidos (por lo menos en lo que a la trayectoria de los miembros de la élite se refiere); cf. Wright S. Mills, *La élite del poder*, México, FCE, 1987.

²¹ Creemos que la existencia de un mundo indígena marca indeleblemente a las élites que se levantan sobre el mismo, ya que por un lado se retoma la ideología heredada desde la colonia y se justifica como natural el predominio de un pequeño grupo de blancos sobre el resto de la sociedad, y, por el otro, se va gestando un primer elemento cohesionador: el rechazo a todo lo que huelga a indio.

posibilidad de que las alianzas por matrimonios cubran un abanico más amplio.²²

Un fugaz recorrido por el continente

PERÚ sería un buen ejemplo de la primera situación a la que nos referíamos en el apartado anterior: dentro de sus límites y basándose para ello en una ideología que se hereda desde la colonia,²³ los miembros del grupo dominante han recalcado sus diferencias con el resto de la población, rescatando los valores ligados al autoritarismo y al paternalismo y fortaleciendo los principios de jerarquía y de *status*. El prestigio y seguridad social de las pocas familias que integran la élite proviene en buena medida de su perfil de propietarios rurales y la mayoría de los habitantes más que ciudadanos de una nación son sujetos que dependen de la autoridad local del hacendado. En este contexto, la tradición peruana ha identificado a la élite sobre todo con los gamonales, término que en la cultura local

²² Nos parece importante insistir en que tal hipótesis no pretende reducir la explicación del perfil que cada élite adquiere a los factores cuantitativos ya enunciados, simplemente trata de rescatarlos y combinarlos con características más estructurales como podrían ser la subsistencia de una fuerte tradición rural que permite a las oligarquías ligadas a la misma mantener su poder o la debilidad que por contraste tienen los sectores medios urbanos, o, en fin, el no surgimiento de un grupo diferenciado encargado de las labores políticas y proveniente de estos últimos.

²³ No hay que olvidar que los criollos peruanos constituyeron uno de los últimos baluartes del realismo español en América Latina y que de hecho para ellos la independencia tuvo que llegar desde afuera porque dentro de sus límites más que los ímpetus libertarios pesaba el miedo hacia los indios (57% de de la población) y hacia los mestizos (29%) concentrados en el área andina. En este sentido creemos que parte de la memoria colectiva de esa región (y en ella incluimos también a una porción del Ecuador y a Bolivia) proviene de un tiempo remoto y tiene que ver con la marcada división social y económica que existía desde el coloniaje. Así, la élite andina que vivió en vísperas de la independencia heredó a sus sucesores un perfil que resalta los valores ligados con la pureza de la sangre y con la necesidad de marcar diferencias entre las personas. Como bien dice Lynch: "La aristocracia peruana —una aristocracia rural, de los cargos públicos y del comercio— se asía fanáticamente a sus poderes y privilegios. Su conservadurismo estaba provocado no sólo por nostalgia de la situación pasada sino también por miedo a los futuros desórdenes. Las clases propietarias de Lima estaban aterrorizadas por 'el temor del desenfreno del populacho y gente de color de esta ciudad y sus contornos, que exceden a los blancos con tercio y quinto y que son incontenibles en el robo, activos insubordinados y sin ideas'" [según manifestaba un testigo de la época que cita textualmente el autor], John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1980, pp. 178-179.

designa a los ricos e influyentes, y ha aceptado como un hecho que a ella corresponde dirigir la vida política de cada localidad primero y del país después.²⁴

La familia tiene un marcado peso en la constitución de dicha élite,²⁵ situación que en términos generales se repite en el Ecuador y Bolivia, donde las trayectorias seguidas han sido en parte similares.²⁶ Así, alrededor de la fuerte herencia colonial que ha tendido a marcarlas indeleblemente, las sociedades que se han consolidado en el área andina pueden mostrar polos modernizantes, pero sus relaciones políticas se manejan de acuerdo a patrones arcaicos que se vinculan con una estructura socioeconómica polarizada y dentro de la cual la violencia se convierte en instrumento necesario para sostener las diferencias entre el pequeño grupo de propietarios agrarios y quienes carecen de tierra (generalmente indios y mestizos). Probablemente acentuado en ciertas regiones, el problema del campo sigue siendo fundamental en dichos lugares y la vida política parece desarrollarse alrededor de patrones clientelistas que descansan en los caciques y hacendados locales y que por momentos dan la impresión de retornar al pasado más que de corresponder al siglo xx.²⁷ Por una vía distinta, los paraguayos también parecen haber detenido el reloj y vivir en un tiempo ya superado, a pesar de que recientemente el consuegro de Stroessner haya derrocado al anciano dictador.²⁸ En el istmo centroamericano, por su parte, la permanencia de pa-

²⁴ Cf. Richard H. Stephens, *Wealth and power in Peru*, Metuchen, N. J., The Scarecrow Press, 1971, pp. 41-42.

²⁵ *Ibid.*, p. 91.

²⁶ Cf. Ana Buriano, *Ecuador en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, inédito; Sergio Almaraz, *El poder y la caída. El estanco en la historia de Bolivia*, La Paz, Cochabamba, Los Amigos del Pueblo, 1969; Luis Antezana, "Sistema y proceso ideológico en Bolivia", en René Zavaleta, comp., *Bolivia, hoy*, México, Siglo XXI, 1983; Agustín Cueva, "Ecuador: 1925-1975", en Pablo González Casanova, coord., *América Latina: historia de medio siglo. 1.- América del Sur*, México, Siglo XXI-Instituto de Investigaciones Sociales, 1982; Cayetano Llobet Tabolara, "Apuntes para una historia del movimiento obrero en Bolivia", en Pablo González Casanova, coord., *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.

²⁷ Cf. Richard H. Stephens, *Wealth*, p. 23.

²⁸ Después de iniciar el camino independiente reivindicando la soberanía del país en todos sus órdenes y propugnando por un desarrollo autónomo que buscaba escapar al influjo externo, sobre todo inglés, la patria del Supremo tuvo que conformarse con entrar al redil y desechar su proyecto modernizador pionero. A la larga los caminos seguidos por los paraguayos serían similares a los de otros países del continente, y con el ascenso de Alfredo Stroessner al poder quedó cerrado un

trones oligárquicos y la instauración de gobiernos autoritarios encabezados por caudillos del viejo estilo, que empezaban a desaparecer en otros lugares del continente,²⁹ dificultó la institucionalización de la vida política y propició su futura inestabilidad.

Con fines comparativos, agruparíamos a todos estos países en un primer bloque, cuyo común denominador es que se trata de lugares pequeños, en los que hay o ha habido una presencia indígena importante (Perú, Ecuador, Bolivia, Paraguay y Centroamérica con excepción de Costa Rica),³⁰ y donde las oligarquías lograron prolongar su dominio ya avanzado el siglo xx. En este sentido, no obstante las especificidades que puedan existir en la trayectoria seguida por cada uno de ellos, sus élites comparten una tardía definición como sector autónomo de la sociedad. Así, el que durante tanto tiempo los círculos oligárquicos controlaran el poder fue haciendo difusas

círculo en el que Estado, militares, clase gobernante, política y dictador han formado un todo cuyas partes difícilmente pueden distinguirse; cf. Omar Díaz de Arce, "El Paraguay contemporáneo (1925-1975)", en González Casanova, *América Latina*; Pablo González Casanova, *Los militares y la política en América Latina*, México, Océano, 1988; Jorge Lara Castro, "Paraguay: la transición incierta", en Lorenzo Meyer y José Luis Reyna, coords., *Los sistemas políticos en América Latina*, México, Siglo XXI- Universidad de las Naciones Unidas, 1989.

²⁹ El peso de los militares en América Latina se ha traducido en dictaduras de distinto tipo que corresponden a momentos también variados de la historia continental. Cuando hablamos de caudillos del viejo estilo, tenemos en mente a esos individuos que con las armas en la mano podían irrumpir en la arena política y apoderarse de la situación como si los únicos que existieran fueran los dueños de las grandes haciendas. El mundo rural era el centro y se reconocía que el juego político era un privilegio de las élites, privilegio que el resto de la población tenía escasas o nulas posibilidades de compartir. Este tipo de realidad fue perdiendo vigencia conforme despuntaban las tendencias a la modernización, la urbanización y los cambios sociales y los personajes entre míticos y reales que sirvieron de modelo a novelas como *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias, *El recurso del método* de Alejo Carpentier o *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez fueron desapareciendo. Sin embargo, esa modalidad autoritaria propia del siglo xix lograba mantenerse en Centroamérica y encarnaba en Anastasio Somoza García (Nicaragua), Tiburcio Carías (Honduras), Jorge Ubico (Guatemala) y Maximiliano Hernández Martínez (El Salvador); cf. Luis Maira, "El Estado de Seguridad Nacional en América Latina", en Pablo González Casanova, coord., *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*, México, Siglo XXI-Universidad de las Naciones Unidas, 1990, pp. 111-112.

³⁰ Aunque su distribución en el istmo haya sido desigual antes de la llegada de los españoles y a partir de entonces se haya iniciado un proceso de mestizaje también diferenciado por áreas, el indígena es una de las constantes dentro de la historia centroamericana.

las fronteras entre la dominación política y la explotación económica, hecho que se reflejó en el limitado desarrollo de las instituciones (por más que en apariencia se adoptaran regímenes democrático-liberales) y en la capacidad de ciertas familias de monopolizar las decisiones políticas en beneficio propio, obstaculizando la consolidación de una élite que poseyera cierta independencia y que hubiera surgido alrededor de tales decisiones.³¹

De acuerdo a dicha perspectiva, y sin que pretendamos encontrar una neutralidad desde nuestro punto de vista inexistente en el ámbito del Estado y de las relaciones de poder en general, nos parece que una de las características que muestra la evolución de ambos niveles en sociedades que van incorporando a su vida cotidiana los procesos de industrialización y de urbanización, es la tendencia a ampliar la fisonomía estrecha que les acompañaba en el pequeño mundo de la oligarquía, abriendo espacios en los que los nuevos sectores que presionan para ello participan políticamente y favoreciendo el surgimiento de una clase política que, aun cuando pueda conservar vínculos con las grandes familias, rebasa los marcos particulares impuestos por ellas. En la medida en que los países en los que nos hemos detenido tienen problemas para seguir este camino modernizador, observamos en ellos una limitada capacidad de ejercer el poder mediante canales institucionales, hecho que se refleja en la inestabilidad política casi crónica y en el menoscabo de la solidez y organicidad de sus élites, las cuales no logran desligarse del recurso de las armas como instancia de solución a los conflictos y enfrentamientos sociales.

Un perfil de otro tipo encontramos en la élite uruguaya. De hecho, su caso nos sirve de contraejemplo al mostrarnos una oligarquía débil que, como veíamos, no fue capaz o no se interesó por mantener en sus manos el monopolio del poder y antes de que se ini-

³¹ Quizá más que de autonomía o de independencia debamos hablar de especificidad. Nuestra idea es que el Estado no constituye una instancia de arbitraje que responde a lógicas propias y que como tal se coloca por encima de los intereses que prevalecen en el seno de la sociedad, aunque su razón de ser se justifique a partir de tal premisa. El aparato estatal surge diferenciándose de la sociedad civil y en ese sentido le otorgamos especificidad, pero, al mismo tiempo, nace como resultado de la misma y no le son ajenos los intereses involucrados en ella. Dicho con otras palabras, cuando nos referimos a que las élites se convierten en un sector autónomo o independiente, no estamos pensando que sus vínculos con las clases y proyectos imperantes desaparecieron.

ciara el presente siglo permitió que un sector relativamente autónomo se hiciera cargo del mismo.³²

Aunque en principio incluyamos a Costa Rica dentro este segundo bloque que abriría Uruguay,³³ habría que destacar que en su caso la élite se consolidó a partir de otro tipo de criterios y la propia oligarquía fue abriendo espacios y construyendo un sistema político que no tuvo que esperar su caída para adquirir cierta presencia.³⁴

Creemos que el matiz es fundamental, pues aunque en los dos lugares encontramos élites pequeñas, cerradas, capaces de manejar la vida política por canales institucionales y en las que el linaje familiar desempeña un papel determinante, sus vínculos con el pasado oligárquico no son los mismos. La hipótesis que hemos manejado sostiene que hay una relación inversamente proporcional entre el poder oligárquico y su capacidad de pervivencia y la institucionalización de la vida política de nuestros países. Frente a la experiencia

³² La idea que plantea Real de Azúa y que retoman Barrán y Nahum para entender la rápida institucionalización de la vida política uruguaya, parte del supuesto de que en ese país se fue conformando desde el siglo pasado una clase política que poseía relativa autonomía con respecto a los dueños de la tierra. El hecho de que las decisiones políticas no se tomaran mecánicamente y verticalmente en función de los intereses de los estancieros se reflejó así en un fortalecimiento de los partidos y del propio sistema que, sin desligarse totalmente de los sectores hegemónicos, adquirió cierta independencia con respecto a ellos; cf. Carlos Real de Azúa, *La clase dirigente*, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969, pp. 18-25 y José P. Barrán y Benjamín Nahum, *El Uruguay del novecientos. Batlle, los estancieros y el imperio británico*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1979, tomo I, pp. 215-268.

³³ En ambos casos se gesta una tradición civilista que se remonta en el tiempo y que aunque obedece a razones históricas de distinto cuño se refleja en un mismo hecho: el predominio de las instituciones sobre las armas como medio de alcanzar y conservar el poder.

³⁴ El primer punto que llama la atención es que mientras en Uruguay el camino hacia la modernización de la política descansa en la debilidad de la oligarquía y en el surgimiento temprano de una élite diferenciada, en Costa Rica los sectores oligárquicos tuvieron un papel clave en la consolidación del Estado nacional y su fortaleza fue uno de los elementos que coadyuvó en la transformación vivida por el país. De hecho y a pesar de que la costarricense fue desde sus inicios una sociedad menos polarizada que las otras del istmo, también se gestó en su seno una oligarquía poderosa que recurrió a la fuerza y a las electorales para conservar sus privilegios. En este contexto, quienes se habían convertido en el pilar económico de la sociedad durante el siglo XIX lograron mantenerse en la cima política de la misma ya avanzada la presente centuria y, a pesar de que fueron viviendo un proceso gradual de marginalización, sería en 1948 cuando, como consecuencia de la guerra civil, los cafetaleros abandonarían el papel protagónico que hasta entonces habían desempeñado.

costarricense habría que introducir otra variable en el planteamiento: las características propias de las diversas oligarquías nacionales apuntan hacia el establecimiento de patrones de dominación que comparten la esencia pero que pueden revestir más de una forma, situación que en el caso que ahora nos ocupa dejó los primeros empujes modernizadores en manos de la oligarquía cafetalera.

Así pues, aunque en lo general es válido plantear que durante la etapa oligárquica se utilizó un discurso que asignaba formas democrático-representativas a los gobiernos, pero que cuando pasaba a los hechos restringía la participación ciudadana, en lo particular la idea tiene que matizarse. Algunas oligarquías, dependiendo del contexto en el que se consolidaban, abrieron en mayor o menor grado espacios políticos a quienes no pertenecían a ellas y en el camino contribuyeron al fortalecimiento de las instituciones. Además de la costarricense, que no obstante cierto deterioro logró mantener su posición hasta 1948, ubicaríamos en esta misma categoría a la chilena, a pesar de que se desarrolló en un ambiente distinto y fue derrotada antes.³⁵ De hecho, el peso que tuvieron las clases medias en la conformación de la élite chilena y la relativa independencia

³⁵ En el caso de Chile la oligarquía postindependiente había en parte despojado a los propietarios originales del suelo en el proceso de expansión de la frontera agrícola; asimismo, la lucha contra la población indígena del Sur le había redituado grandes extensiones de tierra que, al igual que en Argentina, contribuyeron a ampliar sus filas mediante la incorporación de nuevos propietarios y legitimaron la idea de que había que conquistar el espacio útil para multiplicar las riquezas y organizar a la sociedad en su conjunto. Sin embargo, a diferencia de otros lugares y a semejanza de Costa Rica, en Chile las posibilidades de recorrer esa frontera agrícola eran mayores porque se contaba con más espacio, ocupado o no, para irse moviendo, además, sus pobladores de raza blanca no sentían en el indio una verdadera amenaza (por lo menos no abiertamente, ya que la sociedad chilena se reconoce a sí misma como blanca y resta importancia a quienes no comparten tal característica) y por lo tanto hubo menos necesidad de elaborar un discurso que recalcará la exclusión. Tanto el proceso político como la constitución de la élite y la relación de esta última con el resto de la sociedad siguieron en tal contexto otro tipo de sendas. Es sabido que en Chile tales elementos vivieron un proceso modernizador relativamente temprano y que en su caso los mecanismos electorales lograron adquirir mayor peso como medio para elegir gobernantes. La vida política chilena tendió a institucionalizarse antes que la de algunos países vecinos (colindantes o no) y a propiciar la participación de amplios sectores de la población, hecho que en buena medida estuvo relacionado con el ascenso de las clases medias que nutrían las filas de la élite y que apoyaban el fortalecimiento de los canales partidistas como medio para resolver a través de negociaciones y compromisos los conflictos existentes entre los diversos sectores de la sociedad; cf. Sergio Bagú, "Tres oligarquías, tres nacionalismos: Chile, Argentina, Uruguay", *Cuadernos Políticos* (Méxi-

que en términos generales adquirió esta última con respecto a intereses más polarizados, cristalizó en una ampliación de su poder negociador, pero no eliminó por completo sus vínculos con la vieja oligarquía o con sectores más modernos de las clases propietarias. Asimismo, mantuvo los patrones de alianzas familiares detectados en otras latitudes del continente.³⁶

Una vez establecidos los dos grandes bloques que, a partir de una tipología tentativa de los grupos que ejercen el poder en el área, nos sirven de base para entender el desarrollo político de América Latina (véase cuadro anexo), habría que mencionar los casos que por razones diversas cuesta más encasillar en uno u otro sentido: Argentina, Colombia, México y Brasil.³⁷

PERFIL DE LAS ÉLITES LATINOAMERICANAS*

*Tardía definición
como sector autónomo
de la sociedad*

*Independencia relativa y cierta
capacidad de desarrollo
de las instituciones políticas*

Paulatinamente

*Como resultado de una
evolución*

Perú
Ecuador
Bolivia
Paraguay
Centroamérica
(con excepción de Costa
Rica)
Argentina
Colombia

Uruguay
Chile
Costa Rica

México
Brasil

* De acuerdo con lo expuesto en el artículo, en los dos bloques de la tipología propuesta se mantienen las redes familiares como mecanismo cohesionador de las élites, a pesar de las diferencias y especificidades nacionales. El único país que parece escapar a esta tendencia es Venezuela, de allí que no aparezca en el cuadro.

co), núm. 3 (1975), p. 8; Ricardo Yocelovsky, *La democracia cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970)*, México, UAM-Xochimilco, 1987, pp. 35-36.

³⁶ Maurice Zeitlin y Richard Earl Ratcliff demuestran la importancia de las redes familiares en la historia política y económica del país. En su trabajo se rastrean las conexiones existentes entre los propietarios y administradores de las grandes empresas, y quienes ocupan puestos gubernamentales, y se constata que en general la familia política, como ellos la llaman, está emparentada con aquellos que manejan la economía; cf. Maurice Zeitlin y Richard Earl Ratcliff, *Landlords and capitalists: the dominant class in Chile*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1988, pp. 186-214.

³⁷ De cualquier manera, habría que decir que mientras a los dos primeros se les incluyó en el grupo caracterizado por la tardía o inexistente consolidación de una clase política relativamente autónoma y que ha fortalecido el plano institucional, México y Brasil quedaron en el otro extremo.

La composición y trayectoria de la élite argentina es por un lado distinta de la chilena, de la costarricense y de la uruguaya, y, por el otro, tampoco se asimila a los procesos andinos y centroamericanos; sin embargo, también en su caso las redes familiares desempeñan un papel central. Desde principios de siglo la oligarquía aprendió a convivir con los sectores medios en ascenso, convivencia no siempre pacífica que propició la inestabilidad política crónica y dificultó la consolidación de un sector específico encargado de ejercer el poder. Ni el triunfo del programa radical encabezado por Yrigoyen,³⁸ ni la consolidación del populismo encarnado en la figura de Perón lograron borrar del mapa a la poderosa oligarquía argentina,³⁹ la cual sigue controlando los resortes de la vida económica del país, aun cuando parece incapaz de trasladar este dominio al campo político.

En tal contexto debe entenderse la capacidad de los militares para convertirse en árbitros, por lo menos así lo sienten ellos, de una arena política y social dividida, y en la que los contendientes pasan constantemente de darse la mano a las patadas, pero en la que los enfrentamientos no han dejado victorias irrefutables para ninguno de los bandos. En Argentina no se consolida una clase política al estilo uruguayo, costarricense o chileno, pero tampoco se mantiene una oligarquía del viejo estilo como las centroamericanas o andinas,⁴⁰ más bien se da una combinación de ambas modalidades que

³⁸ Cf. Julio Fernández, *The political elite in Argentina*, New York, New York University Press, 1970, p. 12.

³⁹ En la base de esta oligarquía subsiste una alianza en la que participan desde los grupos superiores de terratenientes, comerciantes y financieros que están ligados fundamentalmente con las actividades agroexportadoras y que mantienen estrechos vínculos sobre todo con el capital británico, hasta los dirigentes políticos y militares que se cuegan al grupo de los elegidos; cf. Adolfo Gilly, "50 años de historia argentina (1925-1975): el laberinto de la frustración", en González Casanova, coord., *América Latina*, p. 4; Eduardo A. Rocca, *Argentina: los grupos dirigentes*, Buenos Aires, Palestra, 1966 (Colección *Agramante* núm. 9), pp. 36-38.

⁴⁰ Subsiste sin duda una oligarquía de ese tipo, pero su incidencia sobre la vida nacional ya no es tan grande como en los países citados. Gino Germani la describe en los siguientes términos: "En la Argentina la gran propiedad territorial sigue sustentando en considerable medida un estrato que por su prestigio, origen familiar predominante, actitudes, estilo de vida (en parte modificado), carácter exclusivo de su participación social formal e informal, corresponde bastante al tipo de la clase alta tradicional. Sin embargo, una precisa valoración de su significado dentro de la estructura social del país requiere una serie de consideraciones. En primer lugar, coincide solamente en parte con la clase alta económica y en medida aún menor con los sectores dirigentes en otras esferas, educación, cultura, política,

propicia la inestabilidad y permite a las Fuerzas Armadas concentrar más poder.

El colombiano es otro ejemplo en el que la mezcla de los elementos que aquí hemos reseñado adquiere tintes particulares. En medio de un paisaje en el que resalta la regionalización, a lo largo de su historia surgieron oligarquías fuertes, se consolidaron élites cerradas que descansan sobre lazos familiares y, por lo menos en el terreno formal, se desarrollaron las instituciones políticas. Sin embargo, es ya casi un lugar común afirmar que detrás de la aparente estabilidad que ha caracterizado a su trayectoria política, en Colombia se esconden contradicciones profundas cuyo estallido se controla mediante la violencia,⁴¹ de allí que, a pesar de lo que las estadísticas muestran, la continuidad gubernamental de la que ha hecho gala difícilmente pueda ser considerada sinónimo de ejercicio democrático.⁴²

En este contexto, los patrones oligárquicos tienden a prolongarse y, de manera similar a lo que sucedía en el pasado, las elecciones puntuales se convierten en la fachada de un sistema cuyo poder descansa en el ejercicio de la fuerza directa. Otro elemento que se conserva son las intersecciones familiares como práctica común que

por ejemplo... En cuanto al grado de permeabilidad de la clase alta tradicional, aunque mucho menor que en los demás niveles, no parece muy bajo. La imagen bipartita de la sociedad puede considerarse desaparecida, excepto alguna supervivencia en ciertas provincias del interior, y la ideología de 'clases abiertas' bastante generalizada. Es imposible determinar la medida del poder político ejercido en la actualidad por este grupo, que en un pasado no muy lejano fue tan predominante'; cf. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1965 (*Biblioteca de psicología social y sociología*), pp. 171-172.

⁴¹ Aunque actualmente la fisonomía del país esté en buena medida dibujada por el tema de las drogas y los intereses involucrados en ellas hayan contribuido a reducir la violencia, esta última ha sido parte del juego político desde tiempo atrás.

⁴² De acuerdo a los parámetros que Emmerich estableció para analizar a los gobiernos latinoamericanos, Colombia es el país que registra más gobiernos electos, más gobiernos que cesan por finalización de su mandato y más gobiernos constitucionales en propiedad; figura en segundo lugar entre los países que registran menos gobiernos cesados por medios violentos y menos gobiernos *de facto*; los gobiernos *de facto* ocuparon 75% de su vida independiente. Como bien plantea el mismo autor, tales datos no corresponden al clima propio de este país; cf. Gustavo Ernesto Emmerich, "Ejercicio del poder y carácter de los regímenes políticos en América Latina, 1801-1984", en González Casanova, coord., *El Estado en América Latina*, p. 158.

fortalece a la élite y que a la vez deposita en pocas manos el poder.⁴³

La supervivencia de este hecho se ha traducido en la formación de verdaderas dinastías en las que los primos se ayudan recíprocamente para llegar a la presidencia y colocar a sus parientes.⁴⁴ Es más, durante cuarenta años (la referencia que tenemos llega hasta 1970), el país ha sido manejado desde dentro o fuera del gobierno por cinco familias extensas: los Santos, los López, los Gómez, los Lleras y los Ospinas.⁴⁵

Por lo que se refiere a México y a Brasil, el punto que de alguna manera los separa de los otros tres países incluidos en el segundo bloque (Uruguay, Costa Rica y Chile), es sobre todo el que tiene que ver con el momento fundacional de sus élites y con la capacidad de las mismas para construir un espacio relativamente autónomo alrededor de los procesos políticos. De distinto carácter y con resultados también disímiles, en ambos casos tuvo lugar una revolución que por un lado reflejaba el deterioro de la sociedad oligárquica y la aparición de nuevas fuerzas que pugnaban por redistribuir el poder, y, por el otro, sellaba el ascenso de los grupos que recién se iban conformando y consolidando. En ese sentido las viejas oligarquías pasaron a un segundo plano y su papel protagónico fue ocupado por quienes se fortalecían al abrigo de los tiempos revolucionarios. El fortalecimiento de los canales institucionales para encauzar a través de ellos el juego político no fue sin embargo el corolario automático de la modernización a la que supuestamente conducirían sendas revoluciones y con matices cualitativos importantes,⁴⁶ brasileños y mexicanos tendieron a reproducir los patrones clientelistas a los que se había recurrido en la etapa previa.⁴⁷

⁴³ Cf. Saturnino Sepúlveda Niño, *Las élites colombianas en crisis; de partidos policlasistas a partidos monoclasistas*, (s.l.), 1970, p.17.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 24.

⁴⁶ A pesar de que para los fines del ejercicio comparativo que realizamos hayamos recurrido a una figura común que permite colocar a México y a Brasil en la misma categoría, es importante aclarar que la historia de cada uno de ellos ha seguido por rumbos propios y que la superación del Estado oligárquico se ha reflejado, incluso en el ámbito del poder, en relaciones sociales marcadas por situaciones y procesos de distinto cuño.

⁴⁷ La pervivencia de pequeños círculos corporativizados que logran conservar sus dimensiones reducidas en proporción a los extensos territorios sobre los que se extiende su poder y que mantienen el control sobre sus respectivas sociedades no obstante el crecimiento y complejización que han vivido las mismas, se entiende en

Hasta aquí hemos hablado de aquellos países en los que las élites actuales pueden sostener mayores o menores vínculos con las oligarquías tradicionales, e incluso ser producto de una ruptura con las mismas, sin embargo, en todos ellos parecen subsistir los lazos familiares como un factor que redundaría en la cohesión del grupo. Tocaría ahora mencionar otra cara de la moneda: Venezuela, lugar en el que al parecer las redes familiares revisten menos importancia en lo que a la constitución de los grupos dirigentes se refiere,⁴⁸ y en donde se han tendido a incorporar sectores nuevos dentro de los mismos.⁴⁹

Así pues, a manera de conclusión, propondríamos que, aun cuando los telones de fondo sean distintos y los actores representen papeles variados, el hilo que conduce las diferentes tramas del juego político regional es el mismo: *¡Y el poder se queda en familia!*

este contexto. Para el caso de México, que es el que conocemos mejor, la gran familia revolucionaria ha sido estudiada en detalle; cf. Roderic A. Camp, *La formación de un gobernante, la socialización de los líderes políticos en el México posrevolucionario*, México, FCE, 1986 (Sección de obras de política y derecho); *Los líderes políticos en México, su educación y reclutamiento*, México, FCE, 1985 (Sección de obras de política y derecho); *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, FCE, 1988 (Sección de obras de política y derecho); *Memorias de un político mexicano*, México, FCE, 1989 (Sección de obras de política y derecho); Rodolfo Guzmán, "Sufragio efectivo, no reelección. Los mandos políticos en manos de 2 008 herederos de la Revolución", *Proceso* (México), núm. 61, 2 de enero de 1978, pp. 10-12; Rogelio Hernández Rodríguez, *Formación y trayectoria de los secretarios de Estado en México, 1946-1982*, México, FLACSO, 1988 (*Sociología y ciencia política, serie tesis* núm. 104); Peter Smith, *Los laberintos del poder: el reclutamiento de las élites políticas en México 1900-1971*, México, El Colegio de México, 1981.

⁴⁸ Cf. Frank Bonilla, *El fracaso de las élites*, Caracas, Universidad Central de Venezuela-Centro de Estudios del Desarrollo, 1972, p. 124.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 184.